

*No es raro que en el mundillo de los asuntos libresco se den resonancias y entrecruzamientos. En el libro de Basbanes que publicamos un mes atrás se dedican unas páginas a una entrevista con Darnton en la que éste reflexiona sobre temas públicos cruciales, como el futuro de las bibliotecas, y en la que también, en un plano más íntimo, relata cómo fue que empezó a estudiar los libros en su juventud, cómo “descubrió” la importancia del papel en éstos, y sí: cómo descubrió su propio papel como historiador*

ADELANTO

## En la encrucijada

NICHOLAS A. BASBANES

**E**n un coloquio de un día que organizó Yale University Press en el verano de 2008 para hablar sobre el futuro de las publicaciones académicas, un panelista comenzó su discurso con la observación de que al menos 60% de las monografías técnicas de su biblioteca personal eran “obsoletas” y que probablemente no serían de utilidad alguna para él en un futuro cercano. La declaración no era un llamado a la acción de ningún tipo, de modo que el asunto se dejó sobre la mesa para que otros lo ponderasen en silencio. Pero de cualquier modo ahí quedó, suspendida pesadamente en el aire, la inferencia de un prominente miembro del claustro de profesores de Yale de que ahora se dispone de opciones con un chasquear de dedos, lo que convierte a ciertos tipos de libros en un desperdicio de valioso espacio en las repisas.

Cuando unos minutos después se permitieron preguntas del público, un afectado joven que se identificó como estudiante de licenciatura en Yale hizo el deprimente comentario de que la mayor parte del tiempo que pasaba en los laberínticos pasillos de la Sterling Library [Biblioteca Sterling] lo dedicaba a coquetear con las estudiantes y a entablar vacuos juegos con compañeros de gustos similares. Su punto era que la investigación más seria en estos tiempos se hace electrónicamente, no así entre las pastas duras de los libros impresos. “Los estudiantes de mi generación ven las bibliotecas casi como los turistas consideran las grandes catedrales de Europa —añadió, removiendo el dedo en la herida—: admirables, pero rara vez útiles.”

Hubo otros comentarios aquel día, buena parte de ellos reflexiones sobre qué tipo de medidas podrían tomar los editores académicos en un tiempo en que las opciones digitales orillan a tantos de ellos cada vez más al olvido. Pero aquellos dos comentarios en particular parecen resumir una visión cada vez más evidente en lo que atañe al formato que seguramente tendrán los libros en los años venideros. Desconcertante desde mi punto de vista fue que ambos comentarios se hubiesen expresado abiertamente en el campus de una universidad de la Ivy League que cuenta con aproximadamente 13 millones de libros en varios acervos, lo cual la convierte en una de las mayores colecciones de investigación en el mundo.

Mi función en el coloquio —llamado “Por qué los libros aún son importantes”— era de simple observador. Acababa de terminar un encargo para escribir una historia centenaria de la Yale University Press, muy reconocida como una de las más sobresalientes editoriales universitarias en el mundo y que, a diferencia de 90% de sus homólogas entre las editoriales universitarias estadounidenses en esa época, es capaz de operar, con cierta regularidad, en números negros. En efecto, Yale se erigía en esos años clave de transición como un ejemplo notable de astuta supervivencia en medio de grandes recortes. El moderador de varias conferencias ese día fue Robert Darnton, académico, profesor, autor de grandes ventas y pionero en un campo conocido como historia del libro. De 2007 a 2011 fue el titular de la cátedra Carl H. Pforzheimer y director de la Harvard University

Library [Biblioteca Universitaria de Harvard] antes de ser nombrado bibliotecario universitario en 2011. Como curador del mayor acervo de material impreso congregado por una biblioteca universitaria, Darnton ocupa un puesto influyente en el campo de los libros y la tecnología de la información. Hay 73 colecciones en el sistema de Harvard, con un almacenamiento total, en 2012, de aproximadamente 17 millones de volúmenes. Lo que Harvard hace con estos libros es un ejemplo que otras instituciones con frecuencia se inclinan a seguir. Entre estas políticas de constante preocupación se incluyen temas como el desarrollo de colecciones, el descarte de libros y revistas especializadas considerados redundantes, el almacenaje externo de material poco utilizado, la conservación de material considerado en situación de riesgo y la integración a nuevas tecnologías de colecciones tradicionales.

“Es en verdad una gran responsabilidad, y me siento comprometido no sólo con la facultad y los estudiantes de Harvard, sino también con el mundo académico en general”, me dijo Darnton cuando lo entrevisté en Cambridge un año después del coloquio en Yale. Nos encontramos para hablar concretamente sobre su involucramiento con el papel como agente de transmisión cultural, pero también para charlar de su labor como encargado principal de tan preciado acervo. Yo tenía curiosidad por saber asimismo qué había pasado por su mente 12 meses atrás en Nueva Haven, cuando escuchó aquellos dos sombríos comentarios. Fue en ese asunto donde comenzó nuestra conversación.

Rechazo enteramente esa premisa —dijo sin dudarle cuando le pregunté sobre el profesor de Yale que sugería la obsolescencia del libro—. No puedo entender cómo un libro llegue a ser obsoleto, a menos que tengas una perspectiva muy utilitaria de lo que es un libro. Si es un manual para que el lector eche a andar, por ejemplo, un modelo discontinuado de una segadora de pasto, puedes decir que el instructivo es obsoleto, inútil; de acuerdo, ya no sirve. Pero ese tipo de libro representa una diminuta fracción de una fracción de los libros existentes. ¿En qué sentido una novela es obsoleta? Cualquier libro, me parece, aunque su calidad no sea muy alta, es sin embargo testimonio de la versión que alguien tuvo de los acontecimientos, su visión del mundo, la forma de entender su propia condición. Así, creo que un libro, virtualmente todos los libros, son productos culturales, y los productos culturales nos dan información sobre el entorno cultural.

Respecto de la mención del estudiante de licenciatura de Yale sobre la indiferencia frente a la relevancia de las bibliotecas, el comentario de Darnton fue por igual desdeñoso.

Hay sin duda una tradición de que las bibliotecas sean grandes símbolos culturales en el mismo sentido en que lo son las catedrales medievales, tradición que de ningún modo me parece denigrante —dijo, citando la New York Public Library [Biblioteca Pública de Nueva York], de cuyo consejo de administración es miembro, como uno entre muchos ejemplos de edificios cuya construcción de piedra y argamasa representa más que su contenido intelectual—. Pero si el estudiante sugiere algo más, como creo que lo hacía,

es decir, que ya no acude allí, o que no usa lo que la biblioteca le ofrece, porque le parece irrelevante, entonces merece mi comprensión. Puedo decir, sin embargo, que aquí en Harvard medimos con cierta precisión el uso que se da a las bibliotecas, y lo hacemos todo el tiempo. Lo que observamos es que todas nuestras bibliotecas están activas, y que son relevantes. De hecho, nos ajustamos a la demanda manteniendo abierta una de ellas, la Lamont Library [Biblioteca Lamont], 24 horas al día, cinco días a la semana. Los estudiantes están ahí a las tres de la mañana, y usan todos los tipos de herramientas de investigación que les ofrecemos, incluso, definitivamente, libros impresos.

Otros cambios se han hecho en respuesta a la manera como los estudiantes se reúnen para estudiar.

Las bibliotecas no son simples almacenes de libros —me dijo—. Creo que nunca ha sido así, pero no lo son especialmente ahora. Estamos rediseñando las bibliotecas de manera que funcionen más como centros nerviosos para intercambiar ideas. Los estudiantes trabajan más en grupos y con más frecuencia que nunca. Cuando yo estudiaba aquí, nunca lo hice en grupo. “Estudiar en grupo” era para mí una contradicción de términos. Tenía que clavar mi cabeza en los libros yo solo. Pero hemos descubierto que con frecuencia el estudio en grupo es muy eficaz, y que para los estudiantes es algo normal. Así que dispusimos algunas áreas de la biblioteca para que los grupos puedan reunirse, para que haya lugares donde conecten sus computadoras, pero donde también puedan meter sus libros y debatir.

Los reconocimientos y logros de Darnton son extraordinarios conforme a cualquier estándar: es graduado *magna cum laude* de la Generación 1960 de Harvard después de tres años de estudio, Académico Rhodes, MacArthur Fellow, presidente de la American Historical Society [Sociedad Estadunidense de Historia] en 1999, caballero de la Legión de Honor de Francia y autor de numerosos libros aclamados por la crítica. Pero en ninguna parte de su *curriculum vitae* dice “bibliotecario”, circunstancia que, de manera bastante curiosa, refleja la imponente estatura que los libros disfrutaban en Harvard desde su fundación, en 1636, gracias a una donación de libros del legado del reverendo John Harvard. “Nunca soñé ser director de una gran biblioteca como ésta, y nunca me propuse serlo —dijo—. De modo que sí, para responderte, a veces me pregunto cómo llegué aquí.”

Pero cuando se lo considera como parte de una historia lineal, su designación es congruente con el papel que los libros han desempeñado en la historia de Harvard, en particular su disposición para ir de vez en cuando fuera de la comunidad de bibliotecarios profesionales en busca de un director. Es un “puesto peculiar” en Harvard, coincidió Darnton, puesto que suele conferirse a alguien “que no es un bibliotecario, sino un decano erudito de Harvard. En mi caso, me trajeron de Princeton, pero el principio, creo, fue el mismo, es decir, alguien cuyo interés académico fuese compatible con las bibliotecas. Y también he pasado muchos, muchos años tratando de desarrollar esta área que conocemos como historia del libro. Quizá eso me hizo parecer, a los ojos del preboste y del presidente de Harvard, elegible para

el puesto, aunque es difícil pensar que alguien sea digno de tal puesto”.

Una filosofía semejante de pensar de manera heterodoxa, por decirlo así, adoptó la Biblioteca del Congreso, entre cuyos mejores bibliotecarios en décadas recientes se encuentran el poeta Archibald MacLeish y los historiadores Daniel Boorstin y James Billington, y la Biblioteca Pública de Nueva York, con direcciones sucesivamente encomendadas a académicos como Vartan Gregorian y Paul LeClerc, y el politólogo de Amherst Anthony W. Marx.

La persona reconocida como la mente maestra del más agresivo programa de expansión bibliotecaria de Harvard en los primeros años del siglo XX es Archibald Cary Coolidge, a quien suele recordarse por afirmar: “No existe ningún libro muerto en Harvard”. Un colega de Coolidge, el eminente profesor de literatura George Lyman Kittredge, resumió la actitud prevaleciente cuando le dijo a sus amigos que si, por alguna catástrofe, se destruyeran todos los edificios de Harvard Yard excepto la Harry Elkins Widener Memorial Library, “aún tendríamos una universidad”.

En 2007, cuando fue invitado a suceder a Sidney Verba como académico universitario y director de la biblioteca, Darnton estaba terminando su trigésimo noveno año en la facultad de la Universidad de Princeton. Cuando se le nombró, era profesor de historia de Europa y director del Center for the Study of Books and Media [Centro para el Estudio de Libros y Medios] en Princeton. Pensaba entonces —y lo reiteró cuando nos vimos en 2009— que los libros impresos son con mucho algo más que contenedores de información, y cumplen con numerosas funciones. “Los libros pertenecen a la economía porque son mercancía: se compran y se venden —le dijo a un redactor del *Princeton Weekly Bulletin* en 2005—. Pertenecen a la historia del arte porque son obras de valor estético. Pertenecen al mundo de la filosofía y de la historia intelectual porque son portadores de ideas. Pertenecen a la lengua inglesa como forma de literatura, y pertenecen a la historia porque movilizan la opinión pública y con frecuencia han resultado decisivos durante conflictos políticos.”

Consciente asimismo de lo que ocurre en el mundo con los medios electrónicos, Darnton ha estado al frente de la formalización de estrategias para las tecnologías emergentes. Como presidente de la American Historical Association [Sociedad Estadunidense de Historia] en 1999, elaboró los protocolos para la publicación electrónica de tesis doctorales, y su labor en el proyecto eGutenberg con Columbia University Press derivó en varios libros académicos de libre acceso, uno de los cuales, *Between Winds and Clouds* [Entre vientos y nubes], de Bin Yang, se cita en las notas del primer capítulo de este libro.

Darnton me dijo que la meta principal de su trabajo como director de la biblioteca de Harvard es asegurar que

mantengamos esta biblioteca en un nivel apropiado, lo cual no es fácil en un mundo en el que tienes que comprar todo por vía digital, al tiempo en que debes estar al día con el libro impreso, y con revistas especializadas de todo tipo, electrónicas o impresas, por no mencionar objetos y grabación de música y películas y demás. Es sencillamente enorme. Dedico mucho tiempo a varios proyectos electrónicos, de modo que no soy sólo alguien a quien le gusten los libros antiguos, sino que sí creo que los nuevos medios ofrecen posibilidades para expandir libros, crear nuevos tipos de libros, hacer cosas que no era posible hacer con los formatos antiguos del libro.

En 2011, Darnton fue nombrado bibliotecario universitario, posición redefinida que le permite centrarse más en la formulación de políticas generales y menos en las funciones administrativas, cambio que, según me confesó en un correo electrónico, le permite trabajar más activamente en la Digital Public Library of America [Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos] (DPLA), que estableció en 2010 el Berkman Center for Internet and Society [Centro Berkman para Internet y la Sociedad], en Harvard. La meta de la colaboración nacional, de acuerdo con la declaración de principios, es crear “una red abierta y distribuida de recursos exhaustivos en internet que se base en la herencia viva nacional de bibliotecas, universidades, archivos y museos a fin de educar, informar y facultar a todos en la generación actual y en las futuras”. En abril de 2013, el propio Darnton

anunció el lanzamiento formal de la DPLA en un extenso ensayo publicado en el *New York Review of Books*.

Como académico, Darnton ha hecho un trabajo de avanzada en el movimiento desarrollado en Francia en la década de 1960 conocido como *histoire du livre*: historia del libro. Esta labor condujo a la publicación de numerosas monografías, en especial *The Business of Enlightenment: A Publishing History of the Encyclopédie, 1775-1800* [El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800], en 1979, y *The Forbidden Best Sellers of PreRevolutionary France* [Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución],<sup>1</sup> estudio sobre el intercambio informal de libros que en 1996 mereció el National Book Critics Circle Award [Premio Nacional de la Crítica]. Darnton comenzó su investigación en 1965, en mitad de “un mar de papel” con el que prácticamente tropezó en el pueblo de Neuchâtel, Suiza, cuando comenzaba a investigar para un libro sobre un personaje clave de la Revolución francesa, libro que, por cierto, nunca terminó.

Encontré una nota al pie referente a los manuscritos de Neuchâtel que sugería que allá tenían material relativo a alguien llamado Jacques Pierre Brissot —dijo Darnton—. Brissot fue el último republicano radical antes del Reinado del Terror, y antes de la Revolución francesa fue un gacetillero y aspirante a filósofo fascinado con los Estados Unidos. Yo acababa de llegar a Oxford, donde había hecho mi doctorado. Tenía 26 años, me había desempeñado brevemente como reportero del *New York Times* y acababa de obtener el puesto de profesor asistente aquí en Harvard. Tenía tres años para hacer mi investigación posdoctoral, y pensé que ése sería un buen tema.

En el siglo XVIII, Neuchâtel albergó a muchas empresas que aprovechaban las estrictas leyes de censura que restringían la publicación en Francia de libros con contenidos no autorizados. Ante la ausencia de una legislación de *copyright*, los impresores estaban autorizados para imprimir cualesquiera títulos que quisieran y embarcarlos subrepticamente a través de las fronteras a Francia, donde se vendían a los ávidos lectores. “No hablamos aquí de manuales o libros jurídicos, médicos ni teológicos, sino de toda la literatura de entonces. La mayor parte se producía fuera de Francia y se vendía en Francia”, dijo Darnton. Muchos de estos proyectos eran franca piratería, y los agraviados contaban con muy escasos recursos para exigir justicia.

“Estas casas editoriales constituían una industria muy grande, y en prácticamente todos los casos sus archivos han desaparecido. Pero la ciudad de Neuchâtel es la excepción. Participaban tres familias, tres directores principales de la compañía, llamada Société Typographique de Neuchâtel. Uno de ellos tenía una casa grande con un ático muy espacioso, y cuando la empresa finalmente quebró, sencillamente puso los papeles en el ático, y se instalaron ahí durante muchos años”. Darnton viajó a la ciudad sin otra perspectiva que la de su investigación en proceso: iluminar la vida temprana de un hombre que fue una figura central en la Revolución francesa.

Entré y ahí estaban, ni más ni menos, las 115 cartas de Brissot que me habían dicho que encontraría ahí, con respuestas, todas muy reveladoras. Pero estaban rodeadas de otras 50 000 cartas que tenían que ver con todo lo referente a los libros. La fabricación del papel era el tema principal, pero también los trabajadores que formaban los tipos, quienes tiraban de las barras de la prensa, los carrettoneros que transportaban los libros terminados, por no mencionar a autores y libreros de todas partes de Europa, inclusive Moscú, San Petersburgo y Budapest. Tenían todo lo que puedas imaginar, todo fresco e intacto.

Darnton escribió 500 páginas sobre Brissot antes de suspender su labor y apartar el manuscrito. “Es un caso de algo que nunca publiqué. Lo que tengo es valioso, pero sólo cubre la historia hasta 1789, cuando Brissot cobra importancia. Es entonces cuando comienza la Revolución, y él desempeña una

función en ella. Para eso yo tenía que investigar mucho más en otras fuentes. Pero me interesó mucho el material que acababa de hallar en Neuchâtel. Me dije: “¿Sabes?, este libro es más importante que la biografía de Brissot: el tema es el libro”. Así, en vez de dedicar otros cinco años a terminar la vida de Brissot, la dejé y comencé a concentrarme en los libros. Y hago eso desde entonces”.

Darnton pasó un verano tras otro en Neuchâtel hasta terminar ahí su obra, en 1990.

Leí los 50 000 documentos —me dijo, y entre las muchas satisfacciones que obtuvo se cuenta una perspectiva enriquecida sobre el papel—. Descubro para mi sorpresa que la gente habla del papel todo el tiempo. Por “gente” me refiero a editores, libreros, incluso lectores. Encontré cartas de lectores que se quejaban de la calidad de algún tipo particular de papel de un libro concreto. Ahora bien, para el lector moderno, eso es sorprendente. Terminé por convencerme de que no sólo los profesionales del libro, es decir, impresores y libreros, sino también los lectores se fijaban en el papel. Y hay muchas pruebas de esto. Si ves los anuncios de los libros, éstos solían decir, por ejemplo, “hecho con el mejor papel”. Me parece entonces que durante dos o tres siglos existió una conciencia del papel que no se ve en nuestros días.

Darnton dijo que los archivos de Neuchâtel contienen además “docenas y docenas y docenas de cartas” de todo tipo de personas vinculadas al comercio de papel: molineros, vendedores, “incluso los exploradores del papel que visitaban molinos e informaban sobre la calidad del agua y los harapos. No todos utilizaban harapos de Borgoña, que eran excelentes, sino a veces tenían harapos de menor calidad, y hay comentarios sobre recogedores de harapos y su calidad. Así, se trata de todo un mundo, el mundo del papel, tremendamente rico y complicado. Y la gente hablaba también del agua, porque el agua, como sabes, es muy importante. Las montañas de Jura, por ejemplo, son muy buenas para fabricar papel porque tienen un agua maravillosa”. Al leer las cartas, dijo Darnton, le intrigó el tema del papel como soporte físico de la literatura, y su importancia central en el comercio de libros para el periodo moderno temprano. “Así que decidí incluir un pequeño capítulo sobre el papel en el libro que estaba escribiendo sobre la historia de la edición de la *Encyclopédie*, llamado *El negocio de la Ilustración*. Pero el capítulo creció hasta convertirse en una monografía de un centenar de páginas, que a la fecha aún aguarda en el cajón de mi escritorio junto con la biografía de Brissot.”

Aunque también ese manuscrito permanece inédito, Darnton dijo que la experiencia fue instructiva para él en muchos sentidos.

Cuando era estudiante aquí en Harvard, leía libros y nunca ponía atención al papel. Di por sentado al papel hasta que lo conocí. Cuando antes vagaba por esos archivos, en 1965, no me interesaba el papel, y la historia de los libros como campo de estudio apenas existía. El término ni siquiera estaba en boga todavía. Y tampoco es que creyera estar escribiendo la historia de los libros. Tan sólo pensaba escribir otra monografía.

Pero cuanto más me adentraba en el tema, tanto más entendía que, primero que nada, si me gustaba la vena antropológica, que sin duda me gusta, entonces debía entender cómo pensaban en realidad los impresores y los editores. Bueno, pues resulta que pensaban mucho en el papel. Y para mí, aquello fue revelador. Y siempre que me encuentro con algo que es esencialmente contrario a la intuición, siento que estoy en camino de encontrar algo, y procuro seguirlo. ◀



#### DE PAPEL

En torno a sus dos mil años de historia

NICHOLAS A. BASBANES

#### HISTORIA

Traducción de Ignacio Padilla Suárez  
1ª ed., 2014; 400 pp.  
978 607 16 2217 4  
\$240

*Nicholas A. Basbanes, historiador de la cultura, es autor de A Gentle Madness (1995), que fue finalista del National Book Critics Award; de él acabamos de publicar De papel. En torno a sus dos mil años de historia, una de las ediciones conmemorativas de nuestro 80 aniversario.*

1 Ambos disponibles en español en ediciones del Fondo [E.]